

SEÑOR JUEZ

SEÑOR JUEZ

Es posible que usted tenga razón al decir que hablando se entiende la gente, que esa es la única forma de arreglar los matrimonios mal avenidos; pero esta sentencia no es aplicable a mi caso, yo ya he hablado mucho.

Cuando contraí matrimonio lo hice conscientemente, sabía que no iba a ser un lecho de rosas ni mucho menos. Para tener este conocimiento no fue necesario leer muchos libros, bastaba con sólo tener dos ojos y mirar alrededor. Pero aún así me lancé al ruedo sabiendo que podría lidiar fácilmente al toro. Para eso contaba con mi edad, con la experiencia que da el trato con otras mujeres, con mi buena voluntad, mi carácter apacible y sobre todo con mi cariño. Por otro lado mi mujer era joven, dulce y juiciosa. Con estos ingredientes estaba seguro de obtener una buena comunicación y el respeto mutuo, la armonía en el hogar y la paz.

Lo conseguí. Lo conseguí los primeros años en que todo era felicidad: la luna de miel, el acoplamiento físico y espiritual, la instalación del departamento, el nacimiento de los niños, los paseos. Por supuesto que no voy a decir, pues mentiría, que en todo ese tiempo no tuvimos alguna disputa. Sí, la hubo, alguna de grandes proporciones, o por lo menos en esa época yo así lo creía, como fue la discusión sobre el nombre del primogénito o la compra del auto. Pero en esas ocasiones nunca se pasó de una elevación del tono de voz y alguna que otra lágrima.

El verdadero problema comenzó hace dos años en que se vino a vivir a la capital mi suegra. Primero fue lo del departamento. Yo quería que se fuera a una colonia alejada, ganó mi mujer que lo quería muy cerca. Después su visita diaria con la consiguiente crítica a todo lo que no le parecía que funcionaba de acuerdo a sus ideas. Y nada funcionaba así, ni la decoración, ni lo que comíamos, menos aún el modo en que educábamos a los hijos, y punto clave, nuestro alejamiento de la iglesia.

SEÑOR JUEZ

Entonces todo cambió. Había que comenzar el matrimonio de nueva cuenta y por supuesto en la forma que ordenaba mi suegra. De nada me sirvió decir que nuestra vida se había hecho de común acuerdo hasta este momento, que si teníamos cuadros abstractos era porque a los dos nos gustaban por igual, que el horario de nuestras comidas se ajustaba a nuestras necesidades, que si no asistíamos a la misa era por estar de acuerdo en que esa no era una forma de agradar a Dios, que si nuestros hijos asistían a una escuela mixta y liberal era porque creíamos en la libertad. No, ahora había que comprar naturalezas muertas, cambiar el desnudo del comedor por una última Cena, comer a las dos de la tarde, ir todos los domingos a misa, inscribir a nuestros hijos en escuelas religiosas, etcétera, etcétera.

Sé que es difícil en cualquier campo de la vida conseguir cierta independencia y libertad y las mías no las iba a dejar ir sólo por la intromisión de una mujer anticuada y sin criterio alguno. ¡ Eso sí que no!

Por lo tanto comenzaron los pleitos, los verdaderos. Primero fue hablar en voz alta, después a gritos, seguidos por gesticulaciones y amenazas. El siguiente paso fue el rechazo sexual y la exigencia económica. No separamos de cuarto. Por último, lo increíble: los golpes. Así, como usted lo oye señor Juez, golpes, golpes dados con el puño cerrado, con palos, ceniceros, platos, zapatos, cinturones. Imagínese, golpes a mí, que ni siquiera los recibí de mis padres en mi primera infancia ni de los maestros en la primaria, venirlos a recibir a hora a mis treinta y cinco años de edad. Esto es intolerable. Pena me da ir a la calle y a mi trabajo con moretones en los ojos y en otras partes del cuerpo. Menos mal que estos últimos no se ven, pero pienso que todo el mundo los adivina debajo de mi ropa.

Y ahora viene lo más grave del asunto, señor juez, y es el motivo por lo que acudo ante usted para pedir protección: estoy amenazado de muerte. La muy infame jura matarme con pistola, cuchillo, envenenándome, arrojándome por la ventana,

SEÑOR JUEZ

asfixiándome con una almohada mientras duermo o de alguna otra forma. Sé que es capaz.

Como cualquier ciudadano que paga sus impuestos exijo que se cumpla la ley. Qué se castigue ejemplarmente a mi esposa. Si no lo hace un día voy a amanecer muerto en un charco de sangre y usted será el único responsable.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998